

El proceso de la santidad, según san Agustín

Una de las ideas espirituales esenciales de **san Agustín** es la *peregrinatio*. El ser humano es un **peregrino** de la ciudad de Dios, y todos los días necesita **ponerse en camino**, entre “*las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*”, para dirigirse hacia la Ciudad de Dios, meta final de su peregrinación.

A partir de esta idea, es como se puede entender **la conversión y la santidad** como un **proceso** que hay que vivir día tras día. De hecho, **san Agustín** se marcó como línea espiritual esencial para su vida, como lo ha puesto de manifiesto el papa emérito **Benedicto XVI**, la **conversión continua**, de tal manera que ésta pudiera cristalizar y manifestarse en un proceso de santidad continuada, en el que la gracia va configurando el corazón del creyente a semejanza del corazón del mismo Cristo.

Es verdad que **san Agustín**, un poco después de su bautismo, siendo un joven presbítero de la Iglesia de Hipona, al predicar su famoso *De sermone Domini in Monte*, se dejó llevar por un **excesivo optimismo**, y llegó a creer que la santidad era **una meta** que **se podía alcanzar en este mundo**, viviendo las bienaventuranzas, recibiendo los dones del Espíritu Santo y esforzándose cada día, como les había sucedido a los apóstoles.

No obstante, algunos años después, cuando escriba las *Retractationes*, el mismo san Agustín reconoce que **estaba equivocado**, que la perfección a la que se refería, no era una perfección o santidad total y definitiva, sino una perfección propia de esta tierra, pero que está todavía **incompleta**, pues no se puede comparar con la perfección y santidad del reino de los cielos, reconociendo con ello que **la santidad no es un estado** que se pueda alcanzar definitivamente en esta vida, sino que **es un proceso** que se va completando cada día y que llegará a su plenitud en el reino de los cielos:

Igualmente, a lo que he dicho en otro pasaje, repitiendo la misma sentencia evangélica: Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios, he añadido: «Y eso, por cierto, puede darse en esta vida, como creemos que se dio en los apóstoles», ha de entenderse no que en los apóstoles durante esta vida ningún movimiento de la carne resistió al espíritu, sino que creemos que puede darse en esta vida, como creemos que se dio en los apóstoles, es decir, esa medida de perfección humana, cuanta perfección sea posible en esta vida. Porque no dije: eso puede darse en esta vida, porque creemos que se dio en los apóstoles, sino que dije: «como creemos que se dio en los apóstoles», para que pueda darse así como se dio en ellos, es decir, con aquella perfección de que se es capaz en esta vida, no como se ha de dar en aquella paz plenísima que esperamos (...).

Así pues, el ser humano, al igual que toda la Iglesia, necesita **ponerse en camino todos los días**, reconociendo que la santidad no se alcanza nunca en esta tierra de una manera definitiva, sino que cada día hay que recorrer el camino de la mano de Dios, para **seguir avanzando cotidianamente** en el sendero que conduce hacia el reino de los cielos.

Como señala san Agustín, el mejor indicador de que la perfección y la santidad plena no se alcanza en esta tierra es que toda la Iglesia reza todos los días el padrenuestro, en el que se pide perdón de los pecados, reconociendo con humildad,

todos los miembros de la Iglesia peregrina, que la santidad no es una meta ya conseguida, **sino un proceso**:

Pero entre los mismos mandamientos está también el que estamos obligados a decir: Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, oración que dice toda la Iglesia hasta el fin del siglo.

Así pues, el creyente como peregrino, avanza por un camino de amor, de santidad, en donde es preciso adelantar todos los días, pues **quien se detiene** creyendo que ya llegó a la meta, no solo **no avanza**, sino que **retrocede**, y quien se sale del camino, por mucho que corra, no llegará nunca a la meta:

Añade siempre algo, camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Quien no avanza, está parado; quien vuelve al lugar de donde había partido, retrocede; quien apostata, se desvía.

En este camino de santidad, san Agustín recuerda que el protagonista es el **Espíritu Santo**, quien actúa por medio de la gracia, forjando y acuñando en el corazón del hombre la imagen de Jesús, para configurar al creyente cada día más a imagen de Cristo, de tal forma que en el corazón y en la mente del creyente quede firmemente acuñada la imagen de Cristo.

De aquí la rica metáfora que usa san Agustín del creyente **como moneda de Cristo**, en quien debe estar impresa la imagen de Cristo. Se trata de una imagen que ha sido borrada por el pecado y que el Espíritu Santo, como artesano, debe **ir acuñando día tras día** en el corazón del creyente, para que este refleje no solo quién habita en su interior, sino también quién es el Señor de su vida:

Moneda de Cristo es el hombre. En él está la imagen de Cristo, en él el nombre de Cristo, el don de Cristo y los deberes impuestos por Cristo.

Sin embargo, este protagonismo de Dios en el proceso de la santidad no excluye al hombre. San Agustín considera que todo ser humano **debe colaborar con Dios**. Si bien es cierto que la gracia de Dios prepara la voluntad del hombre, el mismo ser humano usando su libre albedrío debe colaborar con la gracia, haciendo lo que puede y lo que está en sus manos, pero sobre todo confiando y orando para que Dios continúe actuando en su interior:

No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes.

Y este proceso de santidad, en el pensamiento agustiniano recibe en ciertos textos el nombre de «**deificación**», con lo que el pensamiento agustiniano se acerca y se asemeja mucho al pensamiento de los padres orientales, quienes también hablaron y desarrollaron el tema.

Esta *deificatio* significa para san Agustín no solo «**llenarse de Dios**» o bien «**transformarse en otro Cristo**» por medio de una metamorfosis espiritual del propio ser interior del ser humano, sino que también llegar a vivir en plenitud, por obra de la gracia de Dios, la condición plena de **ser hijos de Dios**. Así lo señala en un texto sumamente ilustrador:

*Sólo justifica Aquel que es justo por sí mismo, no por otro; y deifica Aquel que por sí mismo es Dios, no por participación de otro. El que justifica deifica, porque justificando hace hijos de Dios. Pues les dio el poder de **hacerse hijos de Dios**. Si somos hechos hijos*

de Dios, somos hechos dioses, pero esto se debe a la gracia del que adopta, no a la naturaleza del que engendra. Sólo hay un único Hijo de Dios, Dios, y con el Padre, un solo Dios, el Señor y Salvador nuestro, Jesucristo, que en el principio era Verbo, Verbo en Dios, y el Verbo era Dios. Los demás que fueron hechos dioses, lo han sido por su gracia, no porque naciesen de su substancia para que fuesen lo que es El, sino para que por merced llegasen a Él y fuesen coherederos de Cristo.

Y ya que la santidad es obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente, la santidad no es otra cosa que **alcanzar la perfección en el amor**. Un amor de Dios en el que somos corroborados, confirmados y consolidados por obra del mismo Espíritu Santo, amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones.

De aquí que san Agustín nos dé una curiosa **etimología** de la palabra **santidad**. Es muy posible que los especialistas en las etimologías latinas no estén de acuerdo con san Agustín, pero no podemos disentir en el profundo sentido teológico y espiritual que contiene la descripción agustiniana. Agustín dice que la palabra «**sanctus**» viene de «**sancire**» que significa en latín **consolidar, confirmar**; y somos confirmados perpetuamente en el amor de Dios por acción del Espíritu que es el que nos santifica:

*Pero gozar de la sabiduría de Dios no es otra cosa que estar unido a Él por el amor, y nadie permanece en aquello que percibe sino por amor, y por esto el Espíritu se llama Santo, porque todo lo que es ratificado es ratificado de modo permanente y no hay duda de que **la palabra santidad proviene de ratificar**.*

Finalmente, cuando san Agustín llegó al final de su vida, teniendo consciencia de que la santidad es un proceso que dura toda la vida y que es una gracia, hizo un particular hincapié en la idea de la **perseverancia**. Por ello una de sus últimas obras está dedicada al don de la perseverancia. No basta, pues, vivir en santidad **unos años**, sino que es preciso pedir a Dios que su gracia sostenga al creyente en cada momento, y le ayude a **perseverar hasta el final**, para que no se frustre la gracia de Dios en el corazón del cristiano, y pueda llegar a la meta, al reino de los cielos, donde la santidad será plena y perfecta:

Afirmamos en primer lugar, que la perseverancia, con la que se persevera en el amor de Dios y de Cristo hasta el fin, esto es, hasta que se termina esta vida, en la cual únicamente hay peligro de caer, es un don gratuito de Dios.

La santidad perfecta se dará en el reino de los cielos, cuando podremos **descansar y contemplar a Dios**, como señala el célebre final de la *magnum opus* agustiniana, la *Ciudad de Dios*:

Baste decir que la séptima será nuestro sábado, que no tendrá tarde, que concluirá en el día dominical, octavo día y día eterno, consagrado por la resurrección de Cristo y que figura el descanso eterno no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos: amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin!

Enrique A. Eguiarte Bendímez, *agustino recoleto*